

LA TRAGEDIA DE LA ILUSTRACIÓN: MEMORIA Y OLVIDO DE LA NATURALEZA

Un análisis crítico de la relación entre biopolítica y razón instrumental

Diego Conno
Universidad de Buenos Aires / CONICET (Argentina)
diegoconno@hotmail.com

Resumen

Uno de los ejes centrales de la discusión contemporánea en torno a la “biopolítica” es el problema – en apariencia moderno – de la conservación de la vida (*conservatio vitae*). Según el filósofo italiano Roberto Esposito, la biopolítica constituye un fenómeno específicamente moderno vinculado al hecho de que en la modernidad las principales categorías del léxico político (soberanía, libertad, propiedad) se han fundado sobre el principio de auto-conservación individual. Si bien compartimos la tesis de Esposito, entendemos que es posible abordar la cuestión biopolítica desde una perspectiva de más larga duración. En este sentido, este trabajo intenta ser una contribución al campo abierto ya hace algunos años por Giorgio Agamben sobre las relaciones entre la biopolítica y la cultura occidental. En este artículo analizaremos la relación entre biopolítica y Occidente de una manera algo acotada: a través de un análisis crítico de las reflexiones de Adorno y Horkheimer en la *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*. ¿Por qué este texto? Porque el modo en que Adorno y Horkheimer (re)construyen o, debiéramos decir mejor, (de)construyen lo que desde el título de este ensayo hemos dado en llamar “la tragedia de la ilustración” –el hecho de que en la ilustración radique a la al mismo tiempo el fracaso y la posibilidad, la negación y la afirmatividad de la libertad– consideramos que constituye un lugar privilegiado para una tematización eminentemente biopolítica. Esto es: una tematización que ponga en evidencia el problema de la reducción de “la vida” o “lo viviente” a una dimensión estrictamente biológica como aquello que está a la base de la racionalidad occidental.

Palabras clave: Biopolítica, Ilustración, Vida, Razón, Memoria, Naturaleza.

1. Uno de los ejes centrales de la discusión contemporánea en torno a la “biopolítica” es el problema –en apariencia moderno– de la conservación de la vida (*conservatio vitae*). Según el filósofo italiano Roberto Esposito, la biopolítica constituye un fenómeno específicamente moderno vinculado al hecho de que en la modernidad las principales categorías del léxico político (soberanía, libertad, propiedad) se han fundado sobre el principio de auto-conservación individual (1). Si bien compartimos la tesis de Esposito, entendemos que es posible abordar la cuestión biopolítica desde una perspectiva de más larga duración. En este sentido, este trabajo intenta ser una contribución al campo abierto ya hace algunos años por Giorgio Agamben sobre las relaciones entre la biopolítica y la cultura occidental. En este artículo analizaremos la relación entre biopolítica y Occidente de una manera algo acotada: a través de un análisis crítico de las reflexiones de Adorno y Horkheimer en la *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*. ¿Por qué este texto? Porque el modo en que Adorno y Horkheimer (re)construyen o, debiéramos decir mejor, (de)construyen lo que desde el título de este ensayo hemos dado en llamar “la tragedia de la Ilustración” –el hecho de que en la ilustración radique a la al mismo tiempo el fracaso y la posibilidad, la negación y la afirmatividad de la libertad– consideramos que constituye un lugar privilegiado para una tematización eminentemente biopolítica. Esto es: una tematización que ponga en evidencia el problema de la reducción de “la vida” o “lo viviente” a

una dimensión estrictamente biológica como aquello que está a la base de la racionalidad occidental.

2. La pregunta por la Ilustración es de alguna manera una pregunta por la historia, y por sus posibilidades de progreso o de retorno (2). Y que desde la teoría crítica de Adorno y Horkheimer se traduce en una interrogación acerca del modo en que el “pensamiento en continuo progreso”, propio de la Ilustración, se transforma en regresión. Así, abordar el problema de la relación entre historia e Ilustración, o entre historia y pensamiento ilustrado significa transitar por un camino eminentemente trágico vinculado, de alguna manera, a un núcleo fundamental que sin embargo aparece como *lo impensado* por ella. En efecto, la Ilustración, afirman Adorno y Horkheimer, ha sido víctima de un olvido, el olvido de sí misma, o lo que es lo mismo, de su propio fundamento constitutivo. Ahora bien: ¿cuál es este fundamento –que funda y da origen– a la Ilustración? ¿Qué es aquello que la Ilustración se ha olvidado en el camino a su realización?

Según los autores, el proyecto de la Ilustración, que consistía en el “desencantamiento del mundo”, liberando a los hombres del “miedo” y constituyéndolos en “señores”, ha fracasado. El desencantamiento, entendido como la destrucción de los mitos y de la imaginación a través del conocimiento científico, conduce a un momento de violencia que se vuelve contra sí mismo. El pensamiento se hace violencia y ésta a su vez violenta al pensamiento, produciendo un distanciamiento de la naturaleza, despojándolo de sentido y volviéndolo mero instrumento al servicio del dominio. A la Ilustración, sostienen, le ha ocurrido “lo que siempre sucedió al pensamiento triunfante: en cuanto abandona voluntariamente su elemento crítico y se convierte en mero instrumento al servicio de lo existente, contribuye sin querer a transformar lo positivo que había hecho suyo en algo negativo y destructor” (3). La existencia de este fracaso al que ha llegado la Ilustración es precisamente la presencia de su olvido, olvido de su momento crítico-destructivo.

Así, para Adorno y Horkheimer queda entrelazada una dialéctica entre mito e Ilustración, tal como aparece expuesta en la célebre tesis doble: “El mito es ya Ilustración; la Ilustración recae en mitología” (4). ¿Esto qué significa? Pues bien, que el mito tiene ya un momento ilustrado y al mismo tiempo la Ilustración conserva en su interior un momento mítico. Horkheimer, en su *Teoría Crítica*, da cuenta del lugar en que reside el núcleo de este problema y de todo el desarrollo de dicha dialéctica: “La enfermedad de la razón radica en su propio origen, en el afán del hombre de dominar la naturaleza” (5). Es como si la razón tuviera en sí misma y por sí misma una constitución aporética. La Ilustración está ya viciada desde su origen, puesto que ella misma nace ligada al dominio. El dominio se presenta como el instrumento o como el modo de funcionamiento de la Ilustración para disolver los mitos y eliminar su temor a lo desconocido de la naturaleza. Y esto es así, porque la misma existencia de lo “puramente natural” tanto lo animal como lo vegetal se constituyó, para que la cultura o la civilización sean posibles, como “peligro absoluto”. La Ilustración aparece de esta manera como una respuesta a aquel peligro natural, o como una reacción a un miedo originario, de carácter primordial anclado en la naturaleza. El miedo a lo natural está en el origen de la civilización, es su mismo origen. La forma en que se

intenta eliminar este *timor mortis* a lo natural es a partir de una distancia o un alejamiento para poder así conocerlo y dominarlo. Se constituye de este modo pues, el divorcio del entendimiento respecto de la naturaleza, y el consecuente dominio de la razón sobre ella. El hombre se constituye así, en un ser superior debido a la propiedad de un saber de carácter *contranatural*.

El dominio es constitutivo de la Ilustración, en tanto es aquello que el hombre necesita para su seguridad psíquica y física, vale decir, para su conservación ante los peligros de la naturaleza. El carácter negativo de la Ilustración, por lo tanto, es concebido desde su mismo origen, en el momento en que se vincula inextricablemente con el dominio. Esto es: *dominio de sí y de los otros*, a la vez que se diluye la memoria de este momento. “El vivo recuerdo de la prehistoria, de las fases nómades, y cuanto más de las propiamente prepatriarcales, fue extirpado de la conciencia de los hombres, en todos los milenios, con los más horribles castigos”. Desde esta perspectiva, la libertad es reducida a instrumento de conservación de la vida a través del nudo (in)escindible entre seguridad y dominio:

“A través de la subordinación de toda la vida a las exigencias de su autoconservación, la minoría que manda garantiza también con la propia seguridad la supervivencia del todo” (6).

En esta cita se hace explícito el carácter biopolítico de la Ilustración: La libertad, cuya búsqueda y realización se encontraba ya en el origen, es en este sentido cada vez más absorbida por su función auto-protectora, hasta el punto de reducir la vida misma a su conservación. Ya Nietzsche había denunciado el modo en que la razón une el dominio con la conservación de la vida. En su ensayo “Sobre Verdad y Mentira”, escribe que “el hombre se puede salvar de las amenazas de la naturaleza y de los demás hombres, solo con refugiarse dentro de un sistema de símbolos definidos y estables –sean estas palabras, reglas gramaticales o instituciones sociales–” (7). Aquí radica, en última instancia, la crítica a la racionalidad instrumental que, desde distintas perspectivas ha constituido el blanco de ataque de todo el pensamiento crítico: el surgimiento de la razón ordenadora y dominadora de la experiencia natural constituye el dispositivo biopolítico fundamental –que funda y da origen– de conservación de la vida.

Es así como, según Adorno y Horkheimer, en el pasaje del mito a la razón a través de la “ciencia moderna”, se pierde en el camino el “sentido” y el “concepto”, y el pensamiento filosófico queda reducido a simple logos. Mediante este proceso propio de la Ilustración, el conocimiento se identifica con el poder, y la naturaleza –podríamos decir acá, la vida o lo viviente– pasa a ser mero material o sustrato de dominio. En efecto, el hombre de la Ilustración se relaciona con ella como “el Dictador con los hombres. Este los conoce en la medida que puede manipularlos” (8). Como puede verse, estamos situados en un umbral o borde en que mito e Ilustración se tocan hasta hacerse, en algún punto, indistinguibles. Escriben Adorno y Horkheimer:

“Como los mitos ponen ya por obra la Ilustración, así queda ésta atrapada en cada uno de sus pasos más hondamente en la mitología. Todo el material lo recibe de los mitos para destruirlo, pero en cuanto juez cae en el hechizo mítico. Quiere escapar al proceso de destino y venganza ejerciendo ella misma venganza sobre dicho proceso” (9).

Con esta renuncia de la Ilustración al pensamiento se patentiza la resignación a su propia realización. Es como si la Ilustración contuviera a su interior una falla, una carencia, una falta que le impide cumplir con su propio proyecto. Y que sin embargo, esta grieta por donde se escapa su realización no debiera entenderse como desvío de su camino, sino como cumplimiento necesario de él. Como desarrollo de su propio proceso liberador por medio del dominio, la Ilustración misma es paralizada. O quizás, habría que decir: la Ilustración se paraliza a sí misma. Parálisis interna, por medio de un obstáculo que se anuncia como "miedo a la verdad". Ciertamente para Adorno y Horkheimer, como también para Nietzsche, la humanidad por medio de este olvido, incorpora el "sentimiento de la verdad." Basta recordar que el mismo concepto de verdad es para Nietzsche producto de un olvido de ilusiones y falsedades, pero al mismo tiempo necesarias para la conservación de la vida.

3. Ahora bien, precisemos algo más: ¿Qué es lo que lleva a la Ilustración, en última instancia, a convertirse en su opuesto mítico en el nazismo? Según los autores, la deriva mítica de la Ilustración la impulsa negativamente hacia su opuesto, rumbo a un camino autodestructivo. La Ilustración, lejos de negar el mito, lo reproduce de manera potenciada. No logra liberar a los hombres del miedo, porque ella misma no logra desprenderse de la razón como dominio. El miedo a la naturaleza es transformado en "miedo a la verdad". Por ello, la Ilustración no logra su realización plena, porque la liberación de los hombres del miedo, que estaba en su origen, no fue disminuido ni mucho menos eliminado, sino por el contrario conservado en su interior hasta el punto en que ella misma se ha convertido en "temor mítico hecho radical". La Ilustración actúa así, a través de un mecanismo inmunitario, no eliminando aquello que pretende destruir, sino antes bien, incorporándolo a su interior, hasta que estalla, como sucede con las enfermedades auto-inmunes. En la medida en que no puede separarse o desvincularse de su origen, respecto de la relación con el dominio, la Ilustración se vuelve en contra de sus propias premisas. Ella misma implica una intrínseca relación de producción-destrucción de la libertad. Una vez destruidas las fuerzas míticas, la Ilustración absorbe hacia su interior el poder que había en ellas, y lo reconduce contra sí misma. Las consecuencias biopolíticas de este proceso son evidentes: la Ilustración al negar el proceso vital conduce a que la sociedad reduzca la vida, "mediante la tasa de mortalidad, a un proceso químico" (10).

4. Hasta aquí, sin embargo, el problema parecería resolverse de manera sencilla. Si la Ilustración mantiene aún un núcleo mítico, el cual expresa un momento de falsedad respecto de la verdad manifiesta en la liberación de los hombres del miedo, de lo que se trata entonces es de realizar una crítica de la ideología, separando y dejando ver ambos momentos (verdad y falsedad). Pero la cuestión es aún más compleja. El problema es entendido y explicitado ya en el prólogo por Adorno y Horkheimer en términos de antinomia: "La libertad en la sociedad es inseparable del pensamiento ilustrado –así como– el concepto de este mismo pensamiento, no menos que las formas históricas concretas y las instituciones sociales en que se halla inmerso, contiene ya el germen de aquella regresión" (11). La aporía de la Ilustración consiste, entonces, en que ella es

al mismo tiempo la destrucción de la libertad del hombre y su posibilidad de realización. En un léxico caro al campo hegeliano-marxista, la Ilustración lleva implícita en su interior el germen de su propia destrucción-realización. Como producto de este olvido, la Ilustración se destruye a sí misma. Lejos de consumir las esperanzas del pasado, este “se prolonga como destrucción del pasado” (12). La función de la teoría crítica es dar cuenta de este olvido, de esta aporía en la que la Ilustración ha caído, pero no negándola como haría una impotente crítica de la ideología, sino afirmándola de manera radical. Como sostiene Habermas:

“Adorno y Horkheimer dieron por agotada la crítica marxista de las ideologías y dejaron de creer que la promesa de desarrollar una teoría crítica de la sociedad pudiera desempeñarse con los medios de las ciencias sociales. En lugar de eso, impulsan una radicalización y autosobrepajamiento de la crítica de las ideologías, que tiene por objeto a la ilustración sobre sí misma” (13).

De este modo, así como en Nietzsche, la crítica total deja de ser crítica de las ideologías para pasar a ser crítica genealógica, proyectándola de manera refractaria, Adorno y Horkheimer postulan la necesidad de que la Ilustración se ilustre sobre sí misma, para que reflexione sobre su “momento regresivo”. Auto-ilustración e Hiper-Ilustración, entonces.

5. Si esto es así, ¿qué queda del proyecto de realización de la Ilustración? ¿No significa de alguna manera su contradicción? ¿Impulsar su consumación, no conduce necesariamente a su autodestrucción? ¿Es posible pensar un concepto positivo de Ilustración como pretenden Adorno y Horkheimer? ¿La desvinculación de la Ilustración de su elemento de domino no implica en este caso la negación del pensamiento ilustrado como tal? De lo contrario, ¿no se estaría permaneciendo al interior de una crítica marxista de la ideología, frente a la cual los autores intentaron tomar distancia? Es como si no lograsen sustraerse de la lógica coactiva y destructora de la Ilustración, y por lo tanto quedasen comprometidos con ella. Si bien mantienen el propósito de oponerse a este proceso que en lugar de liberar a los hombres del miedo los somete aún más, continúan situados en un horizonte de sentido conservativo, conservando la Ilustración misma y de este modo el mito y el dominio. Afirmando la Ilustración en tanto negación del mito, en lugar de afirmar su propio punto de vista, no hacen más que negar la perspectiva opuesta, quedando subordinada a él.

6. Ahora: ¿son las cosas realmente así? Resulta sumamente interesante y atractivo el modo en que los autores exponen ciertas pistas dirigidas hacia la posibilidad de comenzar a pensar un concepto positivo o afirmativo de Ilustración. Estas pistas se presentan ya no como tesis –ellas corresponden a su momento crítico–, sino como señas o signos, las cuales sólo son posibles en un pensamiento asistemático y rapsódico, quizás a la manera de Polifemo en su encuentro con Odiseo (14). En efecto, el gesto filosófico y político de Adorno y Horkheimer se muestra en toda su expresión y potencia, justamente y como no podía ser de otra forma, por fuera de la dialéctica de la Ilustración. ¿No son quizás aquellos fragmentos que hacen de post-facio a la obra donde hay que ir a buscar una respuesta? ¿No es aquel lugar del texto, o más bien, el fuera del texto

que como restos del proceso de Ilustración abren al pensamiento a lo impensado por él? Esto es: el olvido de la naturaleza no reconciliada.

“La naturaleza en sí no es buena, como lo pretendía el antiguo romanticismo, no noble, como lo pretende el nuevo. Como modelo y meta, ella representa el antiespíritu, la mentira y la bestialidad; solo en la medida en que es conocida y reconocida como tal se convierte en el impulso de lo existente hacia su propia paz, en la conciencia que ha animado desde el comienzo la resistencia imperturbable contra jefes y colectivo. Lo que amenaza a la praxis dominante y a sus inevitables alternativas no es la naturaleza, con la cual más bien coincide, sino el hecho de que la naturaleza sea recordada” (15).

Como puede verse, la posibilidad de pensar un concepto positivo de Ilustración es, ya no a partir del dominio de la naturaleza como “fin absoluto de la vida”, sino por fuera de su vinculación con el dominio. Reconociendo la lógica del dominio como “naturaleza no reconciliada”, tomando conciencia de esta dialéctica por medio del “recuerdo de la naturaleza en el sujeto.” No para derivar de ello una especie de superación, de *Aufhebung*, de unidad no conflictiva de la naturaleza en el sujeto. Sino como un modo de subjetivación que asuma como su condición de posibilidad y límite a la vez, una relación agonística con lo natural.

Notas

- (1) Esposito, Roberto. *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 17.
- (2) Para una tematización similar aunque desde una perspectiva radicalmente opuesta ver Strauss, Leo. *¿Progreso o retorno?*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- (3) Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 2006, p. 52.
- (4) Ídem, p. 56.
- (5) Horkheimer, Max. *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973, p. 184.
- (6) Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. óp. cit., p. 84.
- (7) Nietzsche, Friedrich. “Sobre Verdad y Mentira en el sentido extramoral”, Madrid, Tecnos, 1995, p. 53
- (8) Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. óp. cit., p. 64.
- (9) Ídem, p. 67.
- (10) Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. óp. cit., p. 280.
- (11) Ídem, p. 53.
- (12) Ídem, p. 55.
- (13) Habermas, Jurgen. “Horkheimer y Adorno: El entrelazamiento de Mito e Ilustración” en *El discurso filosófico de la Modernidad*, Madrid, Taurus, 1991, p. 148.
- (14) Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. óp. cit., p. 116.
- (15) Ídem, p. 299.

Bibliografía

ADORNO, THEODOR Y HORKHEIMER MAX. *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Madrid, Trotta, 2006.

ESPÓSITO ROBERTO. *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

HABERMAS, JURGEN. “Horkheimer y Adorno: El entrelazamiento de Mito e Ilustración” en *El discurso filosófico de la Modernidad*, Madrid, Taurus, 1991.

NIETZSCHE, FREDERICH. "Sobre Verdad y Mentira en el sentido extramoral", Madrid, Tecnos, 1995.

DIEGO CONNO

Es Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de Buenos Aires. Docente de teoría política en la Facultad de Ciencias Sociales en la misma Universidad y becario doctoral del CONICET con un proyecto sobre la cuestión biopolítica en la teoría política contemporánea. Su lugar de trabajo es el área de Teoría Política del Instituto de Investigaciones Gino Germani.